

# NEW LEFT REVIEW 149

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2024

## ARTÍCULOS

ANTON JÄGER	Hiperpolítica, USA	7
PERRY ANDERSON	Fredric Jameson	21
FREDRIC JAMESON	<i>Agón: La Ilíada</i>	43
MARC ANDRÈ	Argelia en los archivos	109
EMILIE BICKERTON	El autor como forajido	129
JEREMY ADELMAN & PABLO PRYLUKA	Transiciones latinoamericanas	151

## CRÍTICA

EMMA FAJGENBAUM	El defensor del imperio	179
NIC JOHNSON	La sobreabundancia de riquezas	191

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



ANTON JÄGER

## HIPERPOLÍTICA EN ESTADOS UNIDOS

**R**ECORRIENDO RÁPIDAMENTE LOS Estados Unidos de Reagan con un cuaderno de viaje tocquevilliano sobre «la única sociedad del mundo que sigue siendo primitiva», Jean Baudrillard observó una paradoja del poder estadounidense a finales de la década de 1980. «Estados Unidos ya no tiene la misma hegemonía, [sin embargo] en cierto sentido su hegemonía es inapelable e indiscutible». Presagiando el momento unipolar que vendría a continuación, afirmaba que «el poder estadounidense no parece estar inspirado por ningún espíritu o genio propio», sino que en realidad «funciona por inercia». Si bien Estados Unidos tuvo originalmente las características de la potencia, ¿estaba ahora «en la fase de retoques superficiales»? O más bien, ¿estaba entrando en una fase de histéresis, el proceso por el cual algo continúa desarrollándose gracias a una inercia que mantiene el efecto, aunque su causa haya desaparecido? Para Baudrillard, esa era la verdadera crisis del poder estadounidense: «una potencial estabilización por inercia, una asunción del poder en un vacío», algo similar a «la pérdida de las defensas inmunitarias en un organismo sobreprotegido»<sup>1</sup>.

Baudrillard ofrecía dos explicaciones de esa crisis. La primera era la ausencia de adversarios formales. Estados Unidos había sido más poderoso en las dos décadas posteriores a 1945, pero lo mismo sucedía con las ideas y pasiones que se le oponían: «Ya no hay una verdadera oposición; la combativa periferia ha sido absorbida (China, Cuba, Vietnam); la gran ideología anticapitalista ha sido vaciada de su sustancia». La segunda explicación era endógena, una pérdida del dinamismo interno: «Pero aquí de nuevo, aunque parece bastante claro que la máquina estadounidense ha sufrido algo parecido a una interrupción de su fuente

---

<sup>1</sup> Jean Baudrillard, *America* [1988], Londres y Nueva York, 2010, pp. 126-128.

de energía, o una ruptura del encantamiento, ¿quién puede decir si ello es consecuencia de una depresión o de un subenfriamiento de la maquinaria?»<sup>2</sup>.

## 2

Examinando el panorama político estadounidense de 2024, el diagnóstico de Baudrillard parece profético. Ahora hay enemigos en todas partes –de Teherán a Moscú y Pekín; sin mencionar a los asediados defensores de Palestina en Líbano, Yemen, Siria e Iraq– pero sigue habiendo una escasa recuperación de un «espíritu o genio». A pesar de su continua envergadura como potencia hegemónica –un imperio formal que se extiende desde Okinawa (Japón) a Guam (Micronesia) pasando por Ramstein (Alemania) e Incirlik (Turquía); un incuestionable control sobre la moneda de reserva global; la industria cultural más influyente y las fuerzas armadas más poderosas de la historia de la humanidad– los costes de la vacilante maquinaria estadounidense han quedado claramente puestos en evidencia. Los diversos remedios para la enfermedad –una mano de obra globalmente barata, un endeudamiento sin fondo de los hogares– empezaron a fracasar en 2008; la siguiente ronda de apaños –expansión cuantitativa (QE), tipos de interés próximos a cero– alimentaron una crisis de la vivienda al mismo tiempo que canalizaron los fondos hacia los monopolios tecnológicos y los superricos.

Durante la década pasada, la escena política del país ha sufrido una serie de espectaculares convulsiones en las que los dos partidos y electorados parecen distanciarse cada vez más. A pesar del dominio inigualable de Estados Unidos en el escenario mundial y de su continuo magnetismo cultural, Demócratas y Republicanos encuentran prácticamente imposible cohabitar en el mismo espacio político. En las recientes contiendas presidenciales han quedado cuestionados postulados claves de la democracia liberal: oposiciones legítimas, traspasos pacíficos del poder o continuidad constitucional. La movilización extraparlamentaria, en la calle y en los juzgados, ha estado inspirada desde las alturas; la resistencia contraria a Trump fue igualada por los asaltantes del 6 de enero de 2021; la batería de casos legales contra el cuadragésimo quinto presidente por el procesamiento del desafortunado hijo del cuadragésimo

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 126-127.

sexto. La «estabilización por inercia» ha erosionado la capacidad de las elites para obtener el consenso tanto de su población como entre ellas.

Desde la elección de Andrew Jackson en 1828 en la primera votación presidencial directa –después de la cual se permitía que los electores celebraran una barbacoa en el Despacho Oval– la política estadounidense ha estado marcada por una mezcla de demóctica y plutocracia. En 2024 se registró ostentosamente una versión moderna de esta amalgama, aunque no sin un matiz de paranoia ausente en anteriores ciclos presidenciales, la cual se hallaba empañada por la sensación de que Estados Unidos estaba perdiendo cada vez más el control de los acontecimientos políticos tanto en el ámbito interno como en la arena internacional, lo cual quedaba simbolizado en un jefe de Estado cuya capacidad mental era objeto de debate.

### 3

El último año ha ofrecido su propia perpetuación de las turbulencias. Ante una economía inflacionaria, que se enfriaba lentamente, y un orden internacional a punto de estallar, los Demócratas de Harris y Biden intentaron consolidar un bloque transversal para estabilizar su control del poder estadounidense durante la próxima década, así como para situar a la economía mundial en la senda de una transición verde. Mientras tanto, el Partido Republicano suscribió por completo su giro bonapartista: un partido vaciado de contenido, más próximo a un cártel empresarial que a una organización de masas, fue colonizado por operativos de Trump, que se disponían entre fanfarronadas a acometer un cambio de régimen. Las convenciones de los dos partidos han sido verdaderos escaparates al respecto: luchadores de la World Wrestling Entertainment (WWE) y estrellas del *country* prometían proteger físicamente de todo peligro a su candidato en la Convención Nacional Republicana, mientras en la Convención Demócrata raperos de Georgia rellenaban el tiempo entre las presentaciones; alborotadores pendencieros del Sun Belt para Trump, poetisas de la Ivy League para Harris.

La anatomía social de los dos partidos refleja las cambiantes tectónicas de la economía política estadounidense registradas durante la década de 2010, atrapada entre los supuestos imperativos de una reindustrialización verde y los de una intermitente y externalizada producción

alimentada por los combustibles fósiles; entre una lucha contra la inflación y una continua demanda de dólares como el activo mundial más seguro. Alrededor de este conjunto de factores han coagulado dos bloques. Por un lado, una coalición interclasista, defensora de una utilización intensiva del carbono, que se agrupa alrededor de Trump y sus compinches, mayormente depurada de los puntales neoconservadores del Partido Republicano, el cual ha sustituido a los conservadores de las áreas suburbanas por los trabajadores manuales periféricos, la pequeña burguesía rural, los mandos intermedios, los capitalistas del sector inmobiliario, los inversores en criptomonedas, el ala derecha de Silicon Valley y los productores de acero supervivientes de la arremetida del *laissez-faire* desatada durante la década de 1980. A diferencia de la coalición que reunió Reagan, la de Trump carece de graduados universitarios blancos, pero está apoyada por blancos desprovistos de estudios superiores<sup>3</sup>. Se beneficia enormemente de las características antimayoritarias de la Constitución estadounidense y cuenta con la supresión del voto, tanto formal como informal, para garantizar su mandato. Su capacidad de movilización está aderezada por un magnate del sector tecnológico asimilable a Ford, que espera utilizar a Trump para garantizarse el acceso a los fondos públicos, mientras que algunos dirigentes sindicales se han inclinado hacia la nueva derecha revisionista existente en el partido, formalmente interesada en los planes de cogestión y la negociación salarial colectiva.

En el otro lado, se encuentra un Partido Demócrata vorazmente omnidireccional, que parece haber redefinido la misma noción de «interclasismo». Sociológicamente, la Convención Demócrata Nacional alberga ahora a profesionales urbanos, activistas liberales de izquierda, veteranos de los derechos civiles, agentes de inteligencia y todas las facciones del capital estadounidense, que van de los «progresistas» de Palo Alto a la *haute finance* de Wall Street. Un asistente a la Convención de este año celebrada en Chicago señalaba que ahora el Partido Demócrata actúa como el partido del trabajo y del capital; como el partido de los deudores y de los banqueros; como el partido que se burla de la Ivy League, pero que está mayormente dirigido por sus miembros; como el partido de los antimonopolistas y de Silicon Valley; como el partido de los migrantes y de la seguridad fronteriza; como el partido de los que están dentro del sistema y de los marginados por el mismo; como

---

<sup>3</sup> Matthew Karp, «Clase y partido en la política estadounidense», *NLR* 139, enero-febrero de 2023.

el partido del equipo de fútbol americano y de la sororidad femenina; como el partido de la familia y de la libertad; como el partido del alto al fuego y de la maquinaria de guerra; como, en fin, el partido que se opone al fascismo, pero que es cómplice de un genocidio<sup>4</sup>. Sin embargo, esa laxitud de criterio precisa de una importante matización: en los círculos dirigentes demócratas predominan los banqueros y los belicistas, mientras que los endeudados y marginados lo hacen entre sus bases. Quizá la comparación más cercana sería un bloque peronista invertido en el que el proletariado industrial es dejado de lado y el capital financiero domina firmemente a su contraparte arraigada en el sector industrial.

## 4

Nominalmente, el actual escenario político estadounidense presenta un marcado contraste con los ciclos de quietud de las décadas de 1990 y principios de la de 2000. Por otro lado, el alboroto periodístico sobre los escándalos sexuales y el fraude electoral disimuló la creciente retirada de la vida pública iniciada por la población estadounidense. La participación en las elecciones presidenciales de 1996 se redujo hasta el 49 por 100 de la población en edad de votar. Tres años después, mientras Clinton entregaba una medalla presidencial a Rawls, mientras lo presentaba como «quizá el mayor filósofo político del siglo XX», un intelectual que «había ayudado a toda una generación de estadounidenses cultos a revivir su fe en la democracia», el desapego popular estaba alcanzando niveles reminiscentes de los prolegómenos de Jim Crow y la *Progressive Age* (1890-1920)<sup>5</sup>. Sin embargo, ahora las asociaciones comunitarias y las surgidas en torno al lugar de trabajo se estaban disolviendo en el ácido de la desindustrialización y de la triunfante lógica del mercado. Después de haber sido siempre una encarnación de la imperfecta competición partidista, el duopolio estadounidense se estaba convirtiendo en un ejemplo eficaz de *no* competición; el pueblo semisoberano, como una vez lo había denominado el politólogo Elmer Schattschneider, era cada vez más no soberano<sup>6</sup>. En condiciones de convergencia, solamente las

---

<sup>4</sup> Christian Lorentzen, «Not a tough crowd», *London Review of Books*, vol. 46, núm. 17, 12 de septiembre de 2024.

<sup>5</sup> Bill Clinton, «Remarks by the President at Presentation of the National Medal of the Arts and the National Humanities Medal», Washington DC, 29 de septiembre de 1999.

<sup>6</sup> Peter Mair, «¿Gobernar el vacío?», *NLR* 42, enero-febrero de 2006, citando a E. E. Schattschneider, *The Semi-Sovereign People: A Realist's View of Democracy in America*, Chicago (IL), 1960.

guerras culturales ofrecían un simulacro de rivalidad. Escribiendo sobre la cultura política estadounidense en la década de 1990, el historiador Charles Maier observaba que «la política parecía tan satisfactoria que el país podía ocuparse de la apremiante cuestión de si el aparente placer genital de su presidente a manos de una becaria de la Casa Blanca constituía “sexo” o no»<sup>7</sup>.

Esta quietud pospolítica persistió durante los primeros años de la década de 2000. Como señaló Perry Anderson en una reflexión sobre las elecciones de 2000, la ilusión de elegir entre contendientes presidenciales ocultaba la rigidez del consenso que subyacía en la contienda. La derrota presidencial de Gore «había dado lugar previsiblemente a una leyenda partidista que la describía como un robo sin precedentes de la voluntad popular y que marcaba el inicio de un régimen que tendría las peores consecuencias políticas y sociales». Sin embargo, para Anderson había «muchas razones para tener una visión fríamente escéptica de ambas afirmaciones». Después de todo, «la distancia entre Gore y Bush era escasa», mientras que «una izquierda que había asumido [el mito] se presentaba a sí misma como una asustada subordinada del *establishment* demócrata», incapaz de pensar al margen de la norma bipartidista<sup>8</sup>. Como reiteraba Anderson en vísperas de la elección de Obama, «el conflicto partidista y la tensión ideológica ahora son mucho más intensos [en Estados Unidos] que en Europa, algo que no se debe a un aumento del conflicto social, sino al esquizofrénico sistema de valores estadounidense: una cultura que combina la comercialización más desatada de la vida, con su sacralización más devota, situándose al respecto “liberales” y “conservadores” en extremos opuestos, mientras muestran “apenas relevancia para la oposición al capital»<sup>9</sup>.

## 5

Apenas veinticinco años después, algunas coordenadas del retrato que ofrecía Anderson aparecen ahora explícitamente caducas. Las secuelas de la crisis financiera han marcado un claro punto de inflexión, mientras las protestas en los campus y en las calles han sufrido un repunte

---

<sup>7</sup> Charles Maier, *The Project State and its Rivals: A New History of the Twentieth and Twenty-First Centuries*, Cambridge (MA), 2023, p. 317.

<sup>8</sup> Perry Anderson, «Elecciones estadounidenses: la segunda fórmula a prueba», *NLR* 8, marzo-abril de 2001.

<sup>9</sup> Perry Anderson, «Apuntes sobre la coyuntura», *NLR* 48, marzo-abril de 2007.

espectacular. Las manifestaciones de Black Lives Matters tras el asesinato de George Floyd en 2020 señalaron el punto máximo cuantitativo de las protestas públicas en la historia del país, al igual que la movilización del 6 de enero de 2021 contra la investidura de Biden marcó otro momento cumbre. La participación electoral también aumentó. En noviembre de 2008, mientras Wall Street se tambaleaba al borde del abismo, la participación alcanzó el 57 por 100 de la población en edad de votar. En 2020 llegó al 61,5 por 100, la mayor proporción de estadounidenses registrada desde 1900 depositando un voto por un candidato presidencial.

Las emociones políticas no solo se han agudizado, sino que se han vuelto más persistentes. Comparada con la velocidad con que se calmó el revuelo sobre la sentencia del Tribunal Supremo sobre Bush Jr. y el recuento de los votos de Florida en 2000, los supuestos casos de retroceso democrático –ya sean de la derecha o de la izquierda– son ahora objeto de una constante indignación. Otra medida de la atmósfera de exaltación es la frecuencia de los intentos de asesinato de un presidente: la temporada pasada ha superado los de la totalidad de las campañas de las últimas cuatro décadas. Hubo tres asesinatos presidenciales a finales del siglo XIX –los de Lincoln en 1865, Garfield en 1881 y McKinley en 1901– seguidos alrededor de sesenta años después por el de Kennedy y el fallido intento contra Reagan en 1981, el último de la lista. En los dos últimos meses se han producido dos intentos de acabar con la vida de Trump, lo cual constituye una clara indicación de la matriz de opciones, que vislumbraba la ciudadanía estadounidense para las elecciones del pasado 2 de noviembre. La vida política estadounidense, que se halla polarizada, es paranoica e implica un juego de suma cero, sobrepasa ahora a buena parte de Europa en términos de interventores electorales e implicación popular, así como en lo referido al partidismo cultural. La aceptación del orden establecido ya no puede darse por descontada.

Sin embargo, en otros aspectos importantes los puntos esenciales del análisis de Anderson han aguantado la prueba del tiempo. Ambos partidos siguen comprometidos, con mínimas variaciones, en mantener el hiperpoder estadounidense en el exterior. Las variedades de mercantilización siguen caracterizando las ofertas políticas: por parte del Partido Demócrata, un Estado que estimule la inversión ecológica mediante subsidios y garantías de los beneficios; por parte de Partido Republicano, aranceles y recortes presupuestarios. El término «partido» quizá sea demasiado halagador para estas laxas camarillas de funcionarios



elegidos, donantes, publicistas y posibles candidatos, sin ningún modelo de militancia formal y poca o ninguna infraestructura en la sociedad civil, exceptuando al personal de las ONG. El Partido Republicano y la Convención Nacional Demócrata se entienden mejor como buques paraestatales, que han cambiado notablemente poco desde su descripción de los mismos efectuadas por Engels en 1891:

No hay ningún lugar en el que los «políticos» formen una sección más separada y poderosa de la nación que en América del Norte. Allí, cada uno de los dos partidos que alternativamente se suceden en el poder están a su vez controlados por la gente que hace un negocio de la política [...]. Allí encontramos dos bandas de especuladores políticos, que alternativamente toman posesión del poder del Estado y lo explotan por los medios más corruptos y para los fines más corruptos<sup>10</sup>.

Mientras tanto, después de diez años de agitación política, los niveles de militancia y asociación que caracterizaron la era de la política de masas apenas se han recuperado del histórico nadir en que cayeron en la década de 1990. Para los incipientes movimientos sociales que actúan en unas economías de servicios impulsadas por la deuda, las solidaridades del mundo *on line* constituyen un sustituto insuficiente de las solidaridades generadas por la comunidad y el lugar de trabajo.

## 6

Previsiblemente, esta situación ha puesto en marcha una frenética ronda de analogías históricas por parte de la intelectualidad de ambas costas. Para los analistas, Estados Unidos está ya experimentando su propio momento Weimar, ya un regreso a la *Gilded Age* (1870-1890), ya retro trayéndose a los comienzos de la era Nixon o reviviendo las guerras de religión del Viejo Mundo. Aquí se pueden cribar algunas corrientes dominantes. Desde el *éclat* de Trump en 2016, un puñado de historiadores y subintelectuales han profetizado el deslizamiento tendencial del país hacia el fascismo. Las historias sobre aterrorizados residentes de Springfield, el aumento de la actividad paramilitar y la retórica del exterminio, constituyen normalmente la base del argumento, con los Proud Boys como un regreso de la militancia de los *Freikorps* y unos cuadros del

---

<sup>10</sup> Friedrich Engels, «Epílogo» de 1891 a la obra de Karl Marx, *La guerra civil en Francia*, 1871.

partido dedicados al *Project 2025*<sup>11</sup>. En esta caracterización, el trumpismo se presenta como una iteración contemporánea de una amenaza de la extrema derecha autóctona, que se remite al siglo pasado.

La comparación carece de evidente rigor en muchos frentes. Por encima de todo, suprime uno de los elementos clave de cualquier amenaza de la extrema derecha a lo largo del siglo XX: la presencia de una izquierda al borde de una ruptura revolucionaria. Incluso el más convencional de los análisis ofrecidos durante el *tercer periodo* decretado por la Internacional Comunista, el fascismo tenía que entenderse sobre una doble línea temporal: una incapacidad de las clases burguesas para estabilizar su dominio después de la Gran Guerra y un proletariado cada vez más militante que competía por el poder del Estado. Atrapadas en este limbo, las elites gobernantes convocaron a partidos de veteranos de guerra frustrados para que resolvieran el punto muerto aplastando la amenaza anticapitalista; el fascismo expresaba tanto la resolución como la represión del interregno revolucionario. Ninguna de estas características puede aplicarse al caso de Estados Unidos en el momento presente. Si es así, ¿qué consigue en realidad esta heurística fascista? Su principal consecuencia es movilizar a los desafectos detrás de unos amos capitalistas supuestamente menos malos, como si los crímenes de Biden no significaran nada frente a similares crímenes de Trump.

Una analogía más reveladora es la sugerencia de que Estados Unidos está experimentando una «segunda *Gilded Age*»<sup>12</sup>. En aquel momento, la polarización partidista prevalecía sobre una economía extremadamente desigual en medio de la Segunda Revolución Industrial. Ahí se pueden encontrar algunas similitudes. En entrevistas recientes, Trump ha aludido al alcance de «aranceles similares a los de McKinley», esperando proteger al sector siderúrgico de la sobrecapacidad global, al mismo tiempo que ahora se considera la posibilidad de devaluar el dólar. En la misma era, una insurgencia populista externa al partido le llevó en una dirección diferente en el intento de relajar la oferta monetaria. Entonces como ahora, a los Demócratas se les consideraba una coalición predominantemente inflacionaria, favorable a desvincularse de un represivo patrón oro, mientras que los Republicanos se presentaban como un bloque deflacionista inclinado a mantener la trayectoria de desarrollo industrial del país.

---

<sup>11</sup> Alberto Toscano, «A Fascist Spectre is Haunting America», *In These Times*, 16 de octubre de 2024.

<sup>12</sup> Matt Karp, «The Politics of a Second Gilded Age», *Jacobin*, 17 de febrero de 2021.

Ahí acaban rápidamente las analogías. En vez de un grupo digital con actores vagamente coordinados, el populismo creció a partir de un movimiento campesino cooperativo, que ya había puesto un pie en el sur y el medio oeste; solamente después de muchas dilaciones se vio obligado a dejarse absorber por el Partido Demócrata. Este campesinado fronterizo pretendía lanzarse a la modernidad corporativa. La era fue de ascenso más que de estancamiento del poder estadounidense; la producción de acero del país ya había superado a la de Gran Bretaña en la década de 1890; la migración masiva alcanzaba un punto sin precedentes. La máquina, como podía haber dicho Baudrillard, estaba justamente despertando.

## 7

Ninguno de estos parámetros puede aplicarse en la actualidad. En realidad, la situación contemporánea presenta una recalcitrante hibridez, difícil de relacionar con ejemplos históricos. Por un lado, la implicación popular en la política estadounidense ha experimentado un relativo resurgimiento comparada con el desapego de las décadas de 1990 y principios de la de 2000. Al mismo tiempo, la implicación institucionalizada está en mínimos históricos, mientras los partidos solamente se han cartelizado aún más fusionándose con los medios de comunicación y las clases donantes.

¿Cómo se puede describir mejor el resultado? Aquí es posible introducir cierto grado de formalización: por un lado, un eje de politización, que mida los grados de movilización, y un eje social, que mida el grado de afiliación y militancia cívica. Trazada sobre estos ejes, la primera línea –una suma de participación, actividad opositora y asesinato político– muestra un marcado repunte en la estela de la crisis crediticia de 2008. Al mismo tiempo, esta inclinada curva ascendente está atravesada por una línea descendente: un declive continuo de los índices que registran el compromiso cívico. Durante la reciente «década de protestas», el secular declive de la afiliación a organizaciones sociales continuó acelerándose: sindicatos, clubs, asociaciones, partidos políticos y ahora –lo que resulta muy llamativo para la vida estadounidense– las iglesias, continuaron perdiendo miembros, todo ello exacerbado por el auge de un nuevo circuito de medios digitales y el endurecimiento de la legislación laboral, panorama agravado por la «epidemia de soledad», que se propagó a partir de la pandemia real de 2020.

El resultado es una recuperación con una extraña forma de K: mientras que la erosión de la vida cívica en Estados Unidos sigue avanzando, la esfera pública está cada vez más sujeta a convulsas situaciones de agitación y controversia, desde el asalto de edificios gubernamentales a teorías conspiratorias difundidas en línea. El descontento general es elevado y alimenta las emociones políticas: la ira ante el racismo policial o la violencia sionista, la delincuencia de los migrantes o los globos meteorológicos chinos, bulle en todas partes.

Aquí, el concepto de «hiperpolítica» –una forma de politización sin consecuencias políticas claras– puede resultar útil. La pospolítica acabó en la década de 2010; la esfera pública se ha repolitizado y reencantado, pero en términos más individualistas y cortoplacistas, que evocan la fluidez y el carácter efímero del mundo en línea. Esta es una forma permanentemente «baja» de la política: costes bajos, entradas bajas, duración baja y, muy a menudo, valor bajo. Es diferente tanto de la pospolítica de la década clintoniana de 1990, cuando lo público y lo privado estaban radicalmente separados, como de la tradicional política de masas del siglo XX, siempre baja en Estados Unidos. A los estadounidenses lo que les queda es una sonrisa sin gato\*: una política con una débil influencia sobre las políticas públicas implementadas o débiles lazos institucionales.

Si el presente hiperpolítico parece reflejar el mundo de las redes sociales, con su curiosa mezcla de activismo y atomización, también puede compararse con otra amorfa entidad: el mercado. Como señaló Hayek, la psicología de la planificación y la política de masas estaban estrechamente relacionadas: los políticos esperarían su oportunidad durante décadas, los planificadores soviéticos interpretaban las necesidades humanas mediante múltiples planes quinquenales; Mao, siendo muy consciente de la *longue durée*, hibernó en el exilio rural durante más de veinte años. El horizonte del mercado está, sin embargo, mucho más próximo: las oscilaciones de los ciclos económicos ofrecen recompensas instantáneas a los participantes. Hoy en día, los políticos se preguntan si pueden lanzar sus campañas en cuestión de semanas, los ciudadanos salen a manifestarse durante un día, los *influencers* hacen peticiones o protestan con un tuit.

---

\* A *Grin Without a Cat* [Una sonrisa sin gato] es una película de 1978, dirigida por Chris Marker, que recoge la promesa de las ideas socialistas (la sonrisa) mientras se da cuenta de que el nuevo mundo que imagina (el gato) sigue siendo elusivo e intangible [N. del T.].

El resultado es una preponderancia de las «guerras de movimiento» en las redes sociales por encima de las «guerras de posiciones» del desarrollo institucional en las que las formas primarias de compromiso político son tan fugaces como las transacciones del mercado. Esto es más una cuestión de necesidad que una elección: el entorno legislativo para una construcción duradera de movimientos sigue siendo hostil y los activistas estadounidenses tienen que enfrentarse a un viciado panorama social y a una *Kulturindustrie* dotada de un grado de expansión sin precedentes.

## 8

Por debajo de semejantes constricciones estructurales se encuentra la cuestión de la estrategia. Aunque Internet ha rebajado radicalmente los costes de la expresión política, también ha pulverizado el terreno de la política radical, desdibujando las fronteras entre el partido y la sociedad y generando un caos de actores en línea vagamente acreditados. Lo que Hobsbawm llamó «negociación colectiva mediante la provocación de disturbios» sigue siendo preferible a la apatía pospolítica<sup>13</sup>. Carente de partidos vertebrados por una militancia formal, la política de oposición estadounidense es poco probable que regrese a la «superpolítica» de la década de 1930. En vez de ello puede dar paso a variantes posmodernas de los levantamientos campesinos del *ancien régime*: oscilaciones entre pasividad y actividad de la mano de los ciclos mediáticos presidenciales incapaces de reducir el diferencial del poder existente en general en el seno de la sociedad. De aquí viene la recuperación con forma de K típica de la década de 2020, diferente de los panoramas de finales del siglo XX estudiados por Anderson y Baudrillard.

La «larga década» de protesta puede entonces reconsiderarse no tanto como un asalto exitoso a la fortaleza de Washington desde abajo, sino como una mutación de los métodos de gestionar las relaciones entre las elites y las masas. La solución a la crisis de 2008 de unas instituciones financieras masivamente sobreapalancadas, hecho que hipertrofió los mercados bursátiles y los precios de los activos, amplió todavía más la brecha existente entre los escalones superiores y las base en la totalidad de la política estadounidense, así como entre las fracciones del capital. Sin embargo, no ha variado el gradiente social y la supervisión popular del aparato de gobierno sigue siendo débil.

---

<sup>13</sup> Eric Hobsbawm, «The Machine Breakers», *Past & Present*, vol. 1, núm. 1, febrero, 1952.

Esto representa el accidentado tablero sobre el que se ha desarrollado la nueva sobretensión política. La esfera pública de la potencia hegemónica mundial ha vuelto a ser ocupada, pero el estallido de la repolitización no ha aumentado el control popular sobre el gobierno ni ha puesto a su alcance áreas importantes del quehacer político. El espectacular desfase entre resultado político y el esfuerzo reivindicativo realizado, que los analistas políticos estadounidenses diagnosticaron hace tiempo –el apoyo público para una propuesta (Medicare, por ejemplo) negativamente correlacionado con su posibilidad de ser implementado como una política pública– solamente se ha intensificado, como muestra el historial de Biden-Harris<sup>14</sup>. Arrojar dinero sobre la renqueante maquinaria estadounidense –8 millardos de dólares con Trump, otros 6 millardos con Biden– combinado con guerras por delegación y el regreso al país de la producción hasta ahora efectuada en el extranjero («una política para la clase media»), produjo un brutal esfuerzo, que vio como los salarios reales caían por debajo de los precios de los alimentos, los combustibles y la vivienda, mientras que las ganancias generales del crecimiento del PIB acababan desproporcionadamente en el 20 por 100 más acomodado de la población. Dos tercios de los hogares del país manifestaban vivir al día, mientras que con Biden el 57 por 100 encontraba especialmente duro el elevado coste del endeudamiento<sup>15</sup>.

## 9

Una morfología de la cultura política del *anno 2024* presenta un claro contraste: ni la política de masas de las décadas 1890-1960, ni la pospolítica de la larga década de 1990. Detrás de la actual coyuntura acechan cuestiones estratégicas que la intelectualidad de izquierda estadounidenses estaba más dispuesta a abordar en la década de 2010, cuando la cuestión de los sucedáneos de los partidos, las rupturas sucias o los comités de izquierda conservaban una constante relevancia. Actualmente, muy pocas de estas cuestiones se mantienen en el radar mental del circuito de la izquierda. Como ha señalado Tim Barker, las figuras destacadas de la izquierda estadounidense han mantenido una relación sumamente edípica con los Demócratas. Por un lado, el Partido

---

<sup>14</sup> Martin Gilens, «Inequality and Democratic Responsiveness: Who Gets What They Want from Government?», *Princeton Government Working Papers*, 2004.

<sup>15</sup> Karen Petrou, «Bidenomics has a mortal enemy, and it isn't Trump», *The New York Times*, 16 de noviembre de 2023.

Demócrata es en todo caso el partido especialmente responsable de la implementación de la campaña de castigo israelí, mientras que, por otro, desde tiempo atrás ha servido como un conjunto de instituciones santificadas al servicio del sionismo de las elites y del Estado securitario de la Guerra Fría<sup>16</sup>. Paradójicamente, el resultado del asalto del partido desde el exterior durante la década de 2010 ha sido fortalecer la percepción de que la Convención Nacional Demócrata constituye el horizonte de la izquierda estadounidense. Las exaltadas emociones políticas también pueden ser capturadas por los cárteles del partido<sup>17</sup>. Tras una década de experimentación con una actividad de partido semiindependiente, el principal remanente de la ola de populismo de izquierda en Estados Unidos es una *Squad*,\* que se percibe a sí misma como un ansioso batallón a favor de un mejor Partido Demócrata.

La interpretación estadounidense de la hiperpolítica no es necesariamente disfuncional para el orden dominante del país. Lo que presagia para los próximos cuatro años es más de lo mismo: desafíos extraparlamentarios, disputas legales, elevada agitación política e, igual que con Biden, la promulgación de una agenda bipartidista susceptible de ser aprobada por un Congreso bloqueado. Internacionalmente, ello significa apoyo material y cobertura legal para el expansionismo israelí y una guerra por delegación en Irán, una posición agresiva contra China y otra guerra por delegación contra Rusia, librada con un grado de ambivalencia más o menos bipartidista. Domésticamente, sugiere la continuación de una política agresiva-permisiva en la frontera sur, continuas tensiones sobre las políticas gubernamentales sobre el aborto y nuevos retoques del código fiscal. La histéresis *à la* Baudrillard puede tener todavía un largo camino que recorrer.

---

<sup>16</sup> Tim Barker, «Falsas esperanzas de Kamala Harris sobre su posición acerca del genocidio en Palestina», *Diario Red/Sidecar*, 1 de octubre de 2024.

<sup>17</sup> Hablando sobre la CND de 2024, Lorentzen señalaba que «he asistido a cuatro convenciones anteriores y nunca he visto una multitud tan enamorada de los políticos o tan enfervorizada a la hora de expresarlo». C. Lorentzen, «Not a tough crowd», cit.

\* La *Squad* [Escuadra] es el nombre que recibe el grupo de representantes demócratas progresistas en la Cámara de Representantes estadounidense [N. del T.].